

*El Papado bajo el punto de vista espiritual y temporal
juzgado por un publicista moderno,
protestante aleman.*

M. Wolfgang Menzel, al dar cuenta en su periódico literario de una obra de Mr. Dupanloup, se expresa así:

¡Cuántas tempestades ha sufrido el Papado! y sin embargo, aun ahora el Santo Padre reside en Roma, y residirá de nuevo si vuelve a ser atacado otra vez mas. El fogoso entusiasmo en favor de la unidad italiana no es en nuestros días, como en tiempo de Cola Rienzi, mas que un fuego de paja encendido en la superficie de la sociedad. Tal como se produce en este momento, está en oposicion con el carácter clerical y federalista, que es fundamental entre los italianos. Las potencias enemigas del Papado, por grande que sea por otra parte la fuerza de que dispongan en su agresion contra Roma, no son capaces de sujetarlo por mucho tiempo. El Papado es una potencia que dura desde hace mas de mil años y que ha sido frecuentemente atacada, frecuentemente conmovida, pero nunca abatida. La razon es porque ella corresponde a una gran idea histórica y a una necesidad inherente a la sociedad europea; necesidad que los agresores no conseguirán jamás hacer desaparecer. Una sociedad sin iglesia es un sueño irrealizable; pero una iglesia que reducida a no ser mas que un brazo de la administracion pública, se viese obligada a sufrir todas las vicisitudes de un estado secular y a aceptar la solidaridad de todas sus locuras y de todos sus crímenes, seria muy pronto odiosa a los pueblos.

«No existe, pues, mas que una sola relacion entre la Iglesia y el Estado, que sea conforme a la dignidad de Dios así como al orgullo de los pueblos, esta es la de la independencia reciproca de la Iglesia y el Estado, tal como existe desde hace tanto tiempo, así en hecho como en principio en la Iglesia latina de Occidente. Suponed que las potencias ca-

tólicas se reunieran para suprimir el Papado, los griegos y los protestantes serian dichosos con ser al fin libertados de la Sede de San Pedro, y los italianos celebrarían las orgías que hemos visto en Francia en 1793 y 1794. Mas seria necesario otra cosa para hacer desaparecer la inmensa necesidad que resentirian del Papado todos los pueblos católicos de los países occidentales. Muy al contrario las usurpaciones de los Estados de la Iglesia por una parte, y el ímpetu apasionado de los impíos, de los independientes, de los paganos y de los Judíos por la otra, contribuirían a hacer reconocer en poco tiempo el valor de la constitucion de la Iglesia romana. Por lo demas, la Iglesia tiene ménos que temer a los enemigos exteriores, que a la indolencia, a la ignorancia y a la corrupcion entre el clero, y para volverlos al entusiasmo, a la santidad, al martirio, sin los que la Iglesia no puede pasar, vienen los tiempos de persecucion. Estos tiempos son para ella los mas fructuosos.»

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

tía tan generalmente esparcida, de la union mas perfecta; en medio de la discordia que reina en la sociedad, del poder de la fuerza moral; cuando la fuerza material es siempre impotente, esta invitacion ha cumplido gloriosamente su noble objeto; y por el espectáculo inaudito que ella ofrece en este momento, Roma, la Ciudad Eterna, el faro de la verdad, el centro de la unidad, la Sede del Vicario de Jesucristo, da una prueba sin réplica.

«*La tumba de un pescador y la tumba de un artesano*, para emplear el lenguaje enérgico de San Juan Crisóstomo, han conmovido a la multitud; y la canonizacion de otros héroes que, en tiempos mas inmediatos a nosotros, han sellado con su sangre la verdad de la fe, ó se han mostrado como modelos de perfeccion, por la práctica fervorosa de todas las virtudes, hace ahora su triunfo mas esplendente y corona con una pompa digna de tan gran acontecimiento, diez y ocho siglos de gloria. Estas tumbas, rodeadas ahora de una nueva magnificencia, parecen repetir a los admiradores de las grandezas paganas, que quieren hacerlas revivir, las palabras que dirigia, al fin del siglo décimo, el sacerdote Cayo a Próculo, hereje montanista:

«Yo puedo mostrarte los trofeos de los Apóstoles. Si te agrada ir al Vaticano ó a la vía Ostia, a cualquiera parte «que dirijas la vista, encontrarás los trofeos de aquellos que «han fundado esta Iglesia.» Este triunfo de la fe, de la unidad, del poder inherente al principio de autoridad, es el que ha producido las maravillas de que hemos sido testigos. Otras dos veces, en circunstancias bien caras para un corazon religioso y piadoso, pudimos ver a las grandes reuniones del Episcopado católico, reunido en Roma para rodear al Pontífice reinante, en el momento que llenaba funciones augustas y para ayudarle en medio de las dificultades que tenia que vencer; pero la reunion a que nos ha sido dado asistir ahora, sobrepuja mucho a las que tuvieron lugar anteriormente.

El Oriente ha querido ser representado allí en toda la va-

riedad gerárquica de sus múltiples ritos. Nos ha enviado a los Griegos, a los Melchitas, a los Rumanos y lo Rutenos, los Sirios, los Caldeos, los Maronitas, los Armenios, los Coftas, para protestar su union en la fe y la disciplina con la Cátedra de Pedro.

El Occidente se ha conmovido; de la Francia *cristianisima*, de la España católica, de las diversas nacionalidades del Austria *apostólica* y del *fidelísimo* Portugal, han acudido multitud de obispos ilustres. Lo mismo ha sucedido con la Italia, la Alemania, la Bélgica, la Holanda, la Suiza, la Inglaterra, la Irlanda, la Escocia, y aun con las Américas y la Oceanía.

«El Brasil y los Estados ó confederaciones de la América Meridional, de la América Central, de la América del Norte, tienen en este momento en Roma sus pastores y doctores. No faltan allí ni aun aquellos que ejercen el ministerio apostólico entre los cristianos sometidos al yugo de los infieles, ó entre aquellos que están sumergidos en las tinieblas del error y en la sombra de la muerte. Los amigos del Indio, del Chino, del Mongol, del Tártaro; aquellos que llaman a la civilizacion las tribus errantes y que multiplican en las tierras desiertas los frutos de la Redencion engendrando hijos a Jesucristo, los vemos ahora reunidos sobre las siete colinas para hacer manifiesta la grandeza de la Iglesia y evidente su universalidad, que se extiende desde donde nace el sol hasta donde se pone. Parece que despues de diez y ocho siglos de trabajos y de luchas, el mundo católico ha sentido la necesidad de venir a Roma para refrescar la fuerza de su fe sobre el sepulcro del Príncipe de los Apóstoles y para ofrecer el homenaje de su veneracion a la persona de Pedro, que vive y reina en la persona de su sucesor, el glorioso Pio IX.

«No son solamente los obispos los que han venido a Roma a traer el tributo de una adhesion tan grande; a estos se han reunido millares de sacerdotes cuya vida está consagrada al noble y laborioso ministerio de las almas, y multitud de fie-

les de todo estado y condicion, de todas las naciones que están separadas las unas de las otras por mares y montañas, y que se distinguen en la unidad de su origen por la diversidad de tipos, de costumbres y de lenguaje. Comprendemos cuál es el sentimiento que conduce a Roma a estos innumerables peregrinos, cuando les hemos oído, luego que han llegado, entonar el himno de accion de gracias, y bendecir al Señor por haberlos hecho dignos de orar una vez sobre el sepulcro de su primer Vicario, y poder volverse fortificados con la bendicion de su sucesor.

«Se inquietan poco ó nada de la Roma de los tiempos antiguos; no tienen miradas sino para la Roma de Pedro. Todos visitan con veneracion los santuarios y las basílicas, y se creen contentos y felices con grabar en su corazon y en su espíritu todo lo que ven y oyen aquí, para guardar el recuerdo y hacer el relato a sus compatriotas, a la vuelta de su alegre peregrinacion. Sí, verdaderamente se han hablado las mas diversas lenguas en torno nuestro, y conmovidos hasta lo mas íntimo de nuestro corazon, oímos en todos los idiomas que *Nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de su Padre.*

«En medio de las perversidades del tiempo presente, ¿quién no comprenderá cuán consolador es este espectáculo para nuestro Santo Padre? Tanto mas, que estos testimonios de afecto toman un carácter de ternura mas viva y una extension mas grande, por las protestas de amor, de respeto y de adhesion a sus derechos y a los derechos de la Cátedra apostólica, depositados al pié de su trono sublime, en el Vaticano, en discursos que cubren por centenares de miles las firmas autógrafas, y acompañados de donativos de dinero y otros objetos preciosos, para subvenir, con el Óbolo de San Pedro, a las necesidades del Soberano Pontífice. El Santo Padre ha manifestado solemnemente lo agradecido que estaba a todas estas señales de amor, en la Alocucion que dirigió a los obispos en el Consistorio del miércoles último.

«Que otros escriban las glorias con que pretenden que nuestro siglo de progreso material debe estar tan orgulloso;

en cuanto a nosotros, que amamos verdaderamente a nuestro siglo, y que no somos del número de aquellos que lo repudian con desden, estaremos mas orgullosos de la gloria que las generaciones futuras concederán a la nuestra, al haber celebrado, por un prodigio de unidad en la fe, la caridad y la veneracion por la autoridad suprema del Pontificado Romano, el décimooctavo centenario del martirio de los SANTOS PRÍNCIPES DE LOS APÓSTOLES PEDRO Y PABLO.»

SEGUNDA PARTE

FIESTA DEL DÉCIMOCTAVO ANIVERSARIO SECULAR DEL MARTIRIO DE SAN PEDRO EN ROMA, Y DE LA CANONIZACION DE VEINTICINCO BIENAVENTURADOS.

Nadie ignora que el agosto Pio IX estaba hace algunos meses, a punto de tomar de nuevo el camino del destierro. Las tropas francesas abandonaban la capital del mundo cristiano y sus alrededores, y los revolucionarios, alentados por esta desercion, gritaban mas fuerte que nunca esta palabra de orden del filibustero Garibaldi: *Roma ó la muerte.* *

* Nunca Dios, al dejar obrar a los hombres, ha probado mejor, que si es indiferente a nuestra seguridad, no lo es a su venganza; cualquiera que sea el epílogo, la epopeya garibaldina toca visiblemente a su fin.

Ella acaba mal para el héroe. La camisa roja se deslustra del todo, y es una de las cosas atrozmente cómicas de nuestra época, este Aquiles inválido del talon, herido por los griegos, que va siempre gruñendo: *Roma ó la muerte!* Palabra imprudente; era necesario estar seguro de su hecho ántes de tomar semejante compromiso contra Dios. Dios ha respondido: Ni Roma, ni la muerte, ni la vida! Porque Garibaldi muere en efecto; pero no es muerte la suya. La fiebre, la supuracion, el fin vulgar. No el fin militar. La muerte del campo de batalla está vedada al escamoteador de victorias, que no hace huir, sino desertar al enemigo, y que no ha tomado las ciudades sino con llaves falsas. Él desaparece en una farsa mal jugada.

«Roma ó la muerte! Falso juramento hecho en manos de un fal-

Sin embargo, el Papa, lleno de confianza en Dios que pone, cuando quiere, un freno al furor de las olas, y que sabe detener los mas negros complots de los malvados, escribia a todos los obispos del mundo para invitarlos a que viniesen a asistir a las magnificas solemnidades que debian celebrarse en Roma con motivo del aniversario décimooctavo del martirio de San Pedro, y de la canonizacion de varios siervos de Dios. *

so sacerdote, pero sobre el altar, en presencia del Dios verdadero. Ellos creían que Dios no estaba allí y que no oía, porque no hacía visibles á sus ojos las palabras que hicieron palidecer a Baltasar en el momento que violaba los vasos santos.

Ellos decían: ¿Qué es lo que está haciendo? Él no suele ir tan despacio! Gioberti, el mal sacerdote, ha sido encontrado muerto en su lecho; si ha querido reconciliarse, lo ignoramos. Cavour, el mentor, atacado de imbecilidad, ha recibido una absolucion que no sin fundamento podemos mirar como ilusoria. Caputo, el renegado, ha espirado lentamente, cerradas para él las puertas de la misericordia por los renegados de quienes él era modelo. ¡Y tantos otros arrojados en las casas de locos, golpeados, envilecidos, odiados, ahogados! Ved aquí al valetudinario Garibaldi, murmurando palabras de delirio que no inspiran ménos compasion que horror. Él ve a los pueblos prosternados ante su gloria impía, pero al fin está sobre el camino, y todo el arte de las torturas no lo mantendrá en él por mucho tiempo. Pero ay! él sigue rehusando este último plazo de misericordia, y aun cuando su orgullo miserable no le impidiera aprovecharla, quedan muchos de los que impidieron la conversion de Caputo para cerrar las puertas a los mensajeros de Dios.

LUIS VEUILLOT.

* No será uno de los contrastes ménos extraños de nuestra época esta doble manifestacion, en Paris la del orgullo de la materia, en Roma las magnificencias del espíritu. Miétras se creía en una guerra inmediata, y miétras que los tímidos se preguntaban si serian posibles las fiestas de Roma, hé aquí que se ha concluido una tregua entre las dos potencias.

Los romanos ven en esto una señal de esta Providencia que dispone todos los acontecimientos para mayor gloria de la Iglesia. Juzgar las cosas bajo este punto de vista, es el mejor medio de no engañarse. Si Dios ha querido alejar una conflagracion europea para prolongar la paz de Roma, no permitirá, así lo esperamos,

Leemos en el *Journal de Roma* del 28 de Junio de 1867:

«Una encíclica dirigida el día de la fiesta de la Inmaculada Concepcion de la Madre de Dios, por el Eminentísimo Cardenal Prefecto de la Congregacion del Concilio, a los dignatarios que componen la gerarquía católica del universo, les hace conocer que seria agradable a Su Santidad que los Patriarcas, Arzobispos y Obispos, cuya ausencia no fuese perjudicial a los intereses de sus diocesanos, se reuniesen alrededor de su persona sagrada, en el curso del mes de Junio siguiente.

El motivo de esta invitacion era el acto solemne de la autoridad pontificia que debia elevar a ciertos bienaventurados al honor mas insigne a que pueden aspirar los mortales, y tambien la festividad del día consagrado a la memoria de los Santos Principes de los Apóstoles, día en que concurre este año el décimooctavo siglo trascurrido desde su glorioso martirio.

Apenas hace seis meses que esta invitacion ha comenzado a dar la vuelta al globo, y en este corto espacio de tiempo se han consumado graves acontecimientos en los dos hemisferios. La esperanza y el temor que sucesivamente han excitado ó abatido los espíritus; las cuestiones delicadas que amenazan levantar luchas ardientes; la situacion deplorable de la sociedad, llena de angustias en la incertidumbre en que está de sus propios destinos, descarriada por el olvido de los principios del derecho y de la justicia; todo contribuye a inspirar a los unos el temor, a los otros la esperanza de ver puesta a un lado y sin efecto, á esta invitacion del Gefe de la Iglesia. Pero salida del Vaticano para producir una manifestacion de la fe la mas viva, en medio de la apa-

que esta paz sea turbada por Garibaldi. Él hará abortar los tenebrosos manejos de los sectarios italianos.

Roma no es el lugar que les conviene. Para convencernos de esto, no hay mas que echar una mirada sobre la Italia que llenan con sus crímenes. Así esperamos que a despecho de todos sus esfuerzos, la revolucion se detendrá vencida a las puertas de Roma,